

El nombre de la historia estaría por definirse

Por Sofía del Río Celaya

Eran las dos de la tarde, el viejo cine de la calle Miralago ya estaba abierto desde las diez de la mañana, porque sabían que sus maquinitas de arcade y sus fanáticos de las crepas de ciruela no se hacían esperar. Las funciones familiares recién iniciaban, el mágico tobogán de Lisa y las grandiosas aventuras de los Goonies se estaban proyectando en las salas tres y cinco. Dicho complejo no era solo conocido por sus crepas, sino por la historia del viaje en el tiempo.

Corría el año de 1995, las salas estaban llenas por el estreno de Hopper el Grandioso y la gente aguardaba porque Eugene Fournier saliera en pantalla. En la dulcería había una fila lo suficientemente grande para la pequeñez de ciudad Tlacotalpan. Los empleados del cine corrían detrás del mostrador de un lado a otro, mientras preparaban crepas con relleno de ciruela entre tanto servían tutsi-colas. Una voz llamaba a la ficha 472, y un niño de unos cinco años tomaba la bandeja que contenía lo que parecía ser suficiente comida para más de diez personas. La madre le advertía que no la tomara, pero aun así él lo hacía. Se avecinaba la tragedia y todos podían darse cuenta.

Todo parecía en cámara lenta, lo primero que caía al suelo eran las palomitas, a solo unos metros de otro niño que corría en dirección contraria a la fila, luego las sodas y casi en la puerta de la sala uno, caían las crepas de ciruela. El chico lloraba y se acercaba a los brazos de su madre, quien lo cargaba hasta la sala cuatro. Después del movimiento y el llanto, llegaba una calma, la comida tirada y la gente continuaba con normalidad. Los encargados de limpieza decidían no limpiar de inmediato y le daban prioridad a la sala tres, donde un chiquillo vomitaba sobre el asiento H7, donde una señora se quejaba, pues el vómito había manchado su falda cuadriculada combinada con su saco, también cuadriculado.

Un joven de unos dieciséis años se dirigía a toda velocidad a la sala dos, la función inició pasados los diez minutos, pero él creía que con los comerciales solo se había perdido 120 segundos. Entonces, tropezaba con una crepa de ciruela afuera de la sala uno. Él escuchaba el golpe de su cabeza contra el suelo y después de sentir el impacto, buscaba levantarse rápidamente antes de que los demás

clientes pudieran notar de la situación ridícula. Abría los ojos y se daba cuenta de que su alrededor estaba cambiado, las horas habían pasado, y ciertamente ya no serían las siete de la noche, parecía un poco más del medio día. Se levantaba y sacudía su pantalón y su sudadera Champion. Las máquinas de arcade definitivamente ya no estarían ahí. La zona de dulcería ya no ofrecía las palomitas de caramelo salado, parecían haberlas remplazado por alguna fritura con chile que él no conocía, y así se percataba que su querida Tlacotalpan ya no era su ciudad, ahora se encontraba rodeada de edificios. Tanto cambio lo asustaba, y se iba con uno de los empleados, que no llevaba el mismo uniforme previo al choque. Extremadamente exaltado le contaba lo sucedido, aunque el empleado no prestaba atención, pues recogía una crepa de ciruela aplastada cerca de la puerta de la sala uno. Este se detenía y miraba un llavero peculiar que colgaba del pantalón manchado de mermelada.

— ¿Es un Tamagotchi? Creo que no veo uno desde los noventa, y eso fue hace más de veinte años, cómo extraño esos tiempos.

— Usted no me entiende, antes de que me cayera con las crepas que está trapeando, yo estaba en 1995.

— Mira, chamaco. Si lo que quieres es que reemplacemos tus crepas estás muy equivocado, lee las políticas de la empresa.

Después de escuchar esto, el joven salía del cine totalmente confundido.

— No es el primer niño que juega con la historia de los viajes en el tiempo. ¿Neta creen en esa leyenda urbana? Ja, se tropezó con crepas de ciruela y viajó en el tiempo, y yo no nací ayer, claro. Decía uno de los empleados nuevos.

— Ciertamente, Tlacotalpan es un rancho, es la única leyenda urbana que hay y todo mundo se la sabe. Contestaba Juan Ramón, uno de los empleados más viejos.

Eran las dos de la tarde, el viejo cine de la calle Miralago ya estaba abierto desde las diez de la mañana, porque sabían que sus maquinitas de arcade y sus fanáticos de las crepas de ciruela no se hacían esperar. Un viaje en el tiempo y comida de la dulcería por el suelo, al parecer un niño de cinco años tiró una charola con alimento suficiente para una decena de personas. Había una mancha de mermelada en el suelo que seguramente no saldría tan fácil, ya que se veía bastante vieja. La ciudad de Tlacotalpan lucía tan vacía como lo habitual. Asimismo, junto a todo eso llegaba una cierta calma, la comida en el piso y la gente continuaba con normalidad.